



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Horacio González, el inesperado profeta

Damián López

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes
damianlopez@gmail.com



Elogio del ensayo”. Así se titula un breve texto publicado por Horacio González en 1990¹. Defendía allí la forma ensayo como experiencia modificadora del sí, problematizadora del lugar de enunciación y opuesta a la comunicabilidad del *paper*. Pocos meses después, salía el primer número de *El Ojo Mocho*, esa revista trinchera pergeñada en una claustrofóbica aula de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, que presentaba en sus primeras entregas una agenda de discusión contra el campo intelectual y modelo universitario hegemónico. ¿Fracasaron las ciencias sociales? ¿Se acabó la crítica cultural? ¿Qué significa discutir? ¿Se puede salvar la teoría?, fueron las preguntas que titularon sus cinco primeros números.

La revista destacaba por sus formas libres, incluyendo a una miríada de colaboradores, entrevistas extensísimas y comentarios bibliográficos. Como recuerda Pablo Luzuriaga, la misma tuvo además la deriva de una segunda época, *El Ojo Mocho otra vez* (aparecida en 2011, tres años después del último número de la primera, y aún vigente) editada por un comité completamente

1 Horacio González, “Elogio del ensayo”, *Babel. Revista de libros*, no. 18 (1990): 29.

nuevo, y que abría con colaboraciones de tres antiguos integrantes, quienes realizaban una mirada retrospectiva sobre aquel primer emprendimiento y promovían un pasaje cordial y afectuoso². Al texto de María Pía López y la entrevista a Eduardo Rinesi se sumaba un breve ensayo de González, “Etnografía profana y sociología artística”, síntesis de aquella apuesta.

En 2013, durante la entrega del doctorado *honoris causa* a González en la Universidad Nacional de La Plata, Eduardo Rinesi sostuvo que el homenajeado le había salvado la vida. Algo similar relata María Pía López en *Yo ya no*, un libro autobiográfico dedicado a su relación amistosa con ese maestro (con los métodos ignorantes del Jacotot de Rancière³):

Para entenderlo hay que recordar los años noventa. La sensación de que esta sociedad estaba regida por un gobierno enemigo, que gestionaba para destruir la riqueza social y transferirla como botín a los sectores dominantes. Frente a esa ofensiva crecían brotes dispersos y tímidos de resistencia social. Por el lado de la política, todos eran habitantes y agentes del desierto.

La universidad participaba de la reconversión general: incentivos, categorizaciones, fondos, posgrados, venían para quedarse. Generaban el armazón legal sobre el cual se derramaría la inversión científico-técnica, sin impugnarlo. Profundizando sus efectos. Una universidad callada, opacamente científicista, encerrada en la jerigonza autorreproductiva. Muchos colegas rumiaron aceptar lo que parecía modernización. Otros mascullamos el disgusto, tentando modos de resistir. Un profesor, un hombre que venía de las militancias setentistas, un escritor admirado, nos invitaba a confabular. Nos salvó. De abandonarnos a la presión de los tiempos, de no convertirnos en escritores, de desoír nuestro deseo, de volvernos correctos investigadores y hacedores de papers⁴.

La persistencia en una resistencia política e intelectual pese a todo, la pasión y el don de la amistad brindada a jóvenes que se animaron a transitar otros caminos, conformando un fuera de lugar frente a lo que parecía indefectible. Un fuera de lugar que se expandió y tomó diversos senderos, redefiniendo el campo de las ciencias sociales. Revistas posteriores como *La escena contemporánea* o *El río sin orillas*, por nombrar dos ejemplos entre tantos otros, reactualizaron a su manera ese legado. Otra muestra del afecto y admiración hacia aquel profesor que los conectó a la tradición contornista pudo verse a fines del 2013, cuando después de haber sufrido un ACV, González fue homenajeado por muchos de los que habían compartido grupos, redes, y amistad con él. En un momento del encuentro, llamado *González 451*, donde se discutió extensamente sobre su obra (una

2 Pablo Luzuriaga, “El Ojo Mocho: ‘una sociología quizás artística’”, *El matadero*, no. 9 (2015): 17-31.

3 Jacques Rancière, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual* (Buenos Aires: El Zorzal, 2007).

4 María Pía López, *Yo ya no. Horacio González: el don de la amistad* (Buenos Aires: Las Cuarenta / El Río sin orillas, 2016), 25.

treintena de libros, que al poco tiempo incluirían también tres novelas⁵), dijo Christian Ferrer: “conocerlo a Horacio González me justifica haber vivido”.

González estudió sociología durante los años sesenta, cuando la carrera recientemente creada se dictaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Ligado políticamente al peronismo de izquierda, participó en las Cátedras Nacionales, nombre que se dio al giro hacia el nacionalismo de izquierda y el interés por los saberes y prácticas populares en algunas asignaturas de la carrera de sociología, conformando un movimiento que se expandió entre 1968 y 1972. Por esos años participó también de la revista *Envido* (1970-1973), subtitulada *Revista de Política y Ciencias Sociales*, y que denunciaba en su primer editorial que “la sociología del poder elaborada en la Argentina sigue acríticamente los cánones de corrientes norteamericanas vastamente difundidas⁶”. Un contundente manifiesto político y metodológico crítico a la concepción sociológica modernizadora que caracterizaba a la carrera recientemente creada bajo la tutela de Gino Germani.

Participó en las Fuerzas Armadas Peronistas y el Movimiento Revolucionario Peronista, pero luego de un breve paso por la JP Lealtad, abandonó la militancia orgánica en 1974. En 1976, después de estar preso en Devoto durante seis meses, se exilió en Brasil, donde fue profesor en la Universidad de San Pablo hasta su regreso al país en 1985. Allí publicó sus primeros libros, escribió muchas veces para la *Folha de São Paulo*, y se conectó con el naciente Partido de los Trabajadores. También editó, junto al crítico musical Federico Monjeau, la revista *La piola y el piolín*.

De regreso en Buenos Aires, formó parte del claustro docente de la naciente Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Participó de la revista *Unidos* (1983-1991), ligada a la renovación peronista, derrotada en las famosas internas de 1988 en las cuales Menem resultó elegido candidato a presidente por el Partido Justicialista⁷. El “tercer peronismo” adquirió ropaje neoliberal, exorcizó

5 Véase la bibliografía de González en Guillermo Korn y Darío Pulfer, *Materiales para el estudio de la trayectoria de Horacio González* (Buenos Aires: Peronlibros, 2017). Disponible online en http://cedinpe.unsam.edu.ar/content/korn-guillermo-y-pulfer-dario-materiales-para-el-estudio-de-la-trayectoria-de-horacio#10354_pdf

6 Arturo Armada, “Este primer número...”, *Envido. Revista de política y ciencias sociales*, no. 1 (1970): 1. La edición facsimilar de esta revista, publicada por la Biblioteca Nacional, cuenta con una introducción de Horacio González.

7 Se encuentra disponible un estudio sobre esta revista: Martina Garategaray, *Unidos, la revista peronista de los ochenta* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2018).

su carácter maldito, y sancionó la impunidad de los represores de la dictadura. A mediados de los noventa, luego de la reelección de Menem y mientras se producía una movilización masiva y crucial por los veinte años del golpe de 1976, González comenzó a dirigir la colección Puñaladas de la editorial Colihue. Allí se publicarían varios de sus libros (unos quince), y en los primeros editados aparecían las firmas de Esteban Vernik, Eduardo Rinesi, Christian Ferrer, María Pía López, Eduardo Grüner, entre otros. Ensayismo, y cruce entre política y crítica social.

Luego del incendio del 2001, González se encontró sorprendentemente como el mejor representante del profeta obcecado de lo improbable. Desde la Biblioteca Nacional, en la que ingresó como subdirector bajo la gestión de Elvio Vitale en 2004, y ya como director desde el año siguiente, trabajó durante una década por su conversión en una usina cultural. Promovió muestras, encuentros, publicó una nueva época de la revista *La Biblioteca*, decenas de libros y ediciones facsimilares de revistas históricas como *Contorno*, *Literal* o *Arturo*, entre tantas otras. En 2008 conformó junto a otros intelectuales el espacio Carta Abierta, en apoyo al gobierno de Cristina Fernández, luego del conflicto suscitado por el fallido intento de aumento de las retenciones a las exportaciones agrícolas.

Abierto al debate con diversas perspectivas intelectuales y de izquierda, González pensaba el presente como cristalización y apertura de un devenir trágico. Ofreció intervenciones en las que realizó cruces entre Cooke y Martínez Estrada. Rescató a Echevarría o Sarmiento. Sus textos rompen fronteras, configurando reflexiones que potencian el intento de interpretar ese social imposible a partir de producciones provenientes de las artes, humanidades, disciplinas sociales y filosofía. Trabajan sobre los restos para configurarlos como archivo potente.

Con su reciente muerte, se ha perdido a un intelectual fundamental para pensar la Argentina reciente. Queda su obra, que incita a proseguir la tarea⁸.

Reproducimos a continuación, a modo de homenaje a González, “Pensamiento trágico y pensamiento social”, un comentario al fundamental libro de Oscar Terán *Nuestros años sesentas*, publicado en el primer número de *El Ojo Mocho*.

8 María Pía López y Guillermo Korn realizaron recientemente una muy valiosa selección de sus textos dispersos. Horacio González, *La palabra encarnada. Ensayo, política y nación* (Buenos Aires: CLACSO, 2021).